

CAPITULO II.

BATALLA DE MARENGO.

(1800)

El Austria se habia dejado seducir por el oro y por las intrigas de la Inglaterra. El imperio, la Baviera, la Suecia, la Dinamarca, la Puerta y la Rusia entraban en la coalicion. Pero el primer cónsul, con un paso imprevisto y lleno de generosidad, inspiró al emperador Pablo; una suerte de admiracion fanática para su persona, le separó de nuestros contrarios y le hizo enemigo de la Inglaterra. Existia en Francia un gran número de prisioneros rusos desde las campañas del general Brune en Holanda y del general Massena en Suiza. Bonaparte, enterado del carácter caballeresco del emperador ruso, mandó vestir con uniformes nuevos á todos los prisioneros, y los hizo salir para Rusia, á su costa y sin proponer cange ninguno. Bonaparte no se habia equivocado en el juicio que habia formado sobre Pablo I°. Este príncipe quedó

tan admirado de esta accion, que mandó retirar las tropas de Alemania, rompió el pacto británico y echó á los Ingleses de su capital. La defeccion tan repentina de la Rusia, sin preliminares, desacreditó á la coalicion, privándola de un auxiliar poderoso. El primer cónsul no perdió tiempo en quitar otros aliados á sus enemigos; envió Duroc á Berlin, con el encargo de determinar á la corte de Prusia á que se emplease en separar de la causa inglesa á las potencias sobre las cuales tenia influjo por su vecindad ó por su propia fuerza. Esta negociacion salió bien; la Suecia y la Dinamarca se decidieron por las instigaciones de la Prusia á guardar una neutralidad rigurosa. Bonaparte habia intentado, para lograr la paz, todo cuanto exigian la política y la gloria de la Francia, sin herir la dignidad de los gabinetes, á quienes ofreció la amistad de la República, y confiando en su conciencia, en su derecho, en el testimonio de su nacion y en la fidelidad de los gobiernos neutrales, no le quedó otro partido que tomar sino el de las armas.

Con las declaraciones parlamentarias y los manifiestos de la Inglaterra, la nueva liga vol-

vió á tomar el carácter de una cruzada contra la revolucion. La Francia , ultrajada por esta personalidad , aceptó la lucha dirigida por Bonaparte , con la misma alegría que habia aceptado las esperanzas de paz. Siempre ha habido en Francia , entre los ciudadanos y sus gefes , una inteligencia, un acuerdo y un sentimiento comun de honor nacional que estalló en todas las épocas de la monarquía. No hay pueblo que sepa coger mas á propósito la ocasion de combatir ó de tratar. El ejército de Italia estaba reducido á la misma penuria en que Bonaparte le halló al tomar el mando en 1796 , y no poseiamos ya nada en la península. Para llevar allí otra vez el teatro de la guerra, era preciso atacar al mismo tiempo sobre el Rhin; pero todas las fuerzas de la República no pasaban de ciento y cincuenta mil hombres. Las enfermedades contagiosas reinaban en los hospitales y se habian llevado al valiente Championnet , que tambien dejó una memoria ilustre en Italia. Entretanto , toda la Francia se conmueve á la voz del primer cónsul. Sabe que va á ser vengada , y ofrece todo genero de sacrificios.

No fueron menester leyes ú otros medios co-

activos para crear nuevas legiones. La nacion entera que habia votado la guerra dió el ejército , y jamas hubo ninguno mas frances como tampoco jamas hubo gefe mas popular que Bonaparte , despues del modo insolente con que la Inglaterra rechazó sus proposiciones. Apelando á nuestra gloria, tuvo de repente por auxiliares el amor de los Franceses heridos en su orgullo , los votos de la Italia ensangrentada con la reaccion real por las proscripciones alemanas, la neutralidad del rey de Prusia , de la Suecia y de la Dinamarca, y el rompimiento de la Rusia con la coalicion. Supo suscitarse otro aliado, no menos poderoso, con la incertidumbre en que entretuvo á la casa de Austria por la impenetrabilidad de sus combinaciones sobre el campo de batalla en donde intentaba medir sus fuerzas con las de aquella potencia. Dijon era el punto central de reunion del ejército llamado de *reserva*. La posicion de aquel punto á igual distancia de Basilea, de Martigny y de Chambery , distrajo la atencion que estaba dirigida desde algun tiempo sobre el Var , donde Melas á la cabeza de ciento y cincuenta mil hombres bien provistos y victoriosos , amenazaba á los veinte y

y cinco mil , intrépidos pero desnudos , mandados por Massena. Pero Bonaparte tenia presente la guerra de Anibal entre Roma y Cartago. El espíritu humano iba á honrarse en la cruel ciencia de la guerra con una de las mayores concepciones del ingenio. El fin de la campaña era conquistar los dos valles del Danubio y del Pó; era preciso bajar allí. El Directorio , con haber extendido el campo de sus operaciones desde la Holanda hasta el embocadero del Var, habia procurado en vano ceñir con sus líneas dilatadas al enemigo que quedaba dueño del centro. La dificultad consistia en maniobrar simultáneamente sobre bases de cien leguas y de empeñar batallas sobre veinte leguas de extension. En lugar de engrandecer la escala de las combinaciones, se habia logrado únicamente debilitarla, privándola del influjo directo del mando inmediato. El mismo sistema habia causado la ruina de los Austriacos en Italia bajo el mando de Bonaparte. No lo olvidó , y siguiendo un nuevo plan , mas conforme á su política y á su carácter , adoptó el sistema de concentracion que daba mas fuerza á su accion. Todo el misterio de sus cálculos estaba encerrado en

el estrecho de la Suiza entre el Rhin y el Rodano. Con la ocupacion de este estrecho, cortaba la comunicacion entre los dos ejércitos austriacos de Alemania y de Italia.

Moreau estaba á la cabeza de ciento cincuenta mil hombres de nuestras tropas viejas , que le habia entregado Bonaparte. Augereau mandaba en Holanda, Massena desde Génova hasta el Var , Berthier en Dijon , cerca de la Suiza , ocupada por el ala derecha del ejército del Rhin, lo que daba á pensar que formaba la reserva de Moreau , y que estabamos amenazando á toda la Alemania y que la guerra de Italia quedaba suspendida. Los movimientos de Moreau sobre el Rhin, por orden del primer cónsul , á las espaldas del general Kray , separaron de repente á este general del general Melas con la invasion de los desfiladeros de la Selva Negra. Mientras que se estaban ejecutando estas operaciones , Bonaparte gozaba en su palacio de las Tullerias del gusto de engañar con esta combinacion hábil al Austria, á la Europa y á sus propios generales. Moreau solo sabia el secreto del cónsul. Encargado de un papel secundario , pero que podia aumentar su fama militar , siguió con las mas sabias y constantes maniobras

el plan formado de inutilizar el ejército numeroso del general Kray, y poniendo en obra todos los grandes secretos de la táctica militar, preparó los triunfos de Hohenlinden. En fin, el ejército de Dijon se puso en marcha para Ginebra. Las victorias de Engen, de Stokach, de Moeskerch y de Memingen, ganadas por Moreau, dieron á Bonaparte la señal de su partida.

Mientras que la Europa creía al cónsul en Paris, entregado á los cuidados del gobierno, estaba llegando á Ginebra y tomaba el mando del ejército. Allí dispuso las bases de sus operaciones sobre las faldas del Simplon y del San Gothard con el fin de llevar la guerra sobre la orilla del Pó entre Milan, Génova y Turin. Hallándose libre de todo recelo, por parte del general Kray, contenido por Moreau, quiso sorprender los desfiladeros de los Alpes para atacar por la espalda á Melas, cuyas fuerzas esparcidas hácia Génova y el Var, tenían que guardar los desembocaderos de los Alpes y de la Lombardia, ocupada sin ser sometida. Por una resolución repentina se atrevió á hacer pasar el ejército y su numerosa artillería por las cumbres de las montañas, á mas de mil y dos-

cientas toesas de altura sobre el nivel del mar. El general Marescot, encargado de reconocer el San Bernardo, habia tenido mucho trabajo en llegar hasta el hospicio donde estaba estacionada una pequeña partida destacada del cuerpo del general Mainoni. « *¿ Se puede pasar?* », fue la única pregunta de Bonaparte. « *Sí*, dijo Marescot, *es posible.— Y bien vamos adelante.* » El ejército habia de pasar supuesto que el cónsul lo queria; en cuanto á la artillería habia muchísima dificultad; pero se habia previsto; los cartuchos y las municiones en pequeñas cajas y las cureñas desarmadas se pusieron sobre mulas. Se prepararon unos troncos de árbol, en los que podian meterse las piezas de cañon, y cien soldados tiraron de cada una. Se emprendió la subida del San Bernardo. Los Franceses iban trepando con un increíble valor, en medio de los peñascos los mas escarpados, atravesando hielos eternos y las nieves que cubrian un suelo por donde jamas habia transitado hombre ninguno. Apenas se daban tiempo de respirar por no detener á la columna. Agobiados bajo el peso de sus armas, cantaban para excitarse unos á otros, y cuando se ofrecia un peligro casi insuperable.

ble, pedian que se tocara el paso de carga, y el peligro desaparecia. Bajo los ojos de Bonaparte, todos los obstáculos de la naturaleza se volvian conquistas. La infantería, la caballería, los bagages, los cañones llegaron hasta la cumbre de los Alpes, donde nuestras tropas iban recibiendo unas tras otras los socorros de la caridad mas generosa; despues de un descanso de algunas horas, cada division se pone en marcha con un nuevo ardor, y acaso con mayor peligro, sobre las bajadas rápidas del Piamonte. El mismo Bonaparte bajó sentado en un ventisquero casi perpendicular.

Los enemigos habian mirado siempre la reunion del ejército de reserva en Dijon como una fábula inventada para engañarlos é inducirlos á abandonar el bloqueo de Génova. Bonaparte habia procurado entretener este error con un sin fin de precauciones y ardidés que le habian salido tan bien, que ni en Paris, ni en Dijon, ni en Viena, ni siquiera sus generales de Italia, nadie creia que existiese, aquel ejército, que despues de haber alcanzado el San Bernardo por varios caminos acababa de atravesarlo. Melas, persuadido de que apenas teniamos siete ú ocho mil hombres, cons-

criptos ó inválidos en Dijon, hacia sitiarse con vigor á Génova con cuarenta mil hombres, mientras que él peleaba personalmente sobre el Var con el resto de sus fuerzas, contra Suchet separado de Massena, cuando por una parte las divisiones francesas, al mando inmediato del primer cónsul y por la otra, los quince mil hombres, destacados del ejército del Rhin y conducidos por el general Monecy, bajaban las faldas del San Bernardo, del Moncenis, del Simplon y del San Gothard. Una combinacion superior presidia al destino de esta campaña memorable. Bonaparte se dirigia sobre la Italia, entre el ejército victorioso de Moreau, que contenia delante de Ulm las tropas del general Kray reducidas á la defensiva, y entre el pequeño ejército de los Alpes marítimos, que, atacado á la vez por tierra y por mar, defendia á Génova, á las riberas del Var, á las puertas de la Provenza y á los desfiladeros del Piamonte. La heroica defensa de Génova por Massena quedará en la historia como testimonio de lo que pueden el valor y la constancia. Sus tenientes Miollis, Gazan, Soult y Suchet se ilustraron bajo las órdenes de aquel gefe. Massena sabia que Bo-

naparte contaba con su incansable resistencia, y halló entre los generales que servian con él, hombres dignos de entrar á la parte en su gloria y en sus peligros. Una de las mayores hazañas militares fue el volver á tomar los fuertes de Génova, bajo el fuego de la escuadra inglesa. Jamasha habido campaña en que las fuerzas humanas se hayan desplegado con mas constancia y mas energía que en esta campaña inmortal. Los soldados de Massena, agoviados por todos los males que la guerra trae consigo, tenian que luchar contra la hambre y el contagio. La muerte iba diezmando á la generosa poblacion de Génova, confundida con el intrépido ejército que ya no podia protegerla. La bandera negra tremolaba sobre los hospitales. Pero Massena se hacia cargo de que con su resistencia ocupaba él solo á todo un ejército austriaco, y Soult, que tenia solamente cuatro mil valientes para contener á Melas, habia prestado tambien su juramento á los triunfos del ejército de reserva. Massena y Suchet justificaron la confianza del primer cónsul.

Los ejércitos de las dos naciones se hallaban, despues del feliz paso de los nuestros,

colocados en una media circunferencia casi regular, cuyo punto céntrico era sobre pocas ó mas la plaza de Alejandria. Todo debia decidirse allí, y el que pasase el Pó el primero debia tener mucha ventaja. Pero la cercania del mar por la parte de Alejandria, del Pó y de los Apeninos favorecia mucho al ejército frances. En una palabra, Melas se hallaba rodeado, y el primer cónsul no podia serlo, sea por la naturaleza propia del terreno que ocupaba, sea por los movimientos mandados ejecutar al ejército del Rhin, pues no se habia olvidado de la funesta innaccion de aquel ejército durante su primer campaña de Italia. El mismo dia del paso, la ciudad de Aost fue tomada por la vanguardia despues de una viva resistencia, y los Croatas fueron rechazados hasta el fuerte de Bard, castillo inexpugnable que cerraba el único camino abierto á los Franceses. Importaba mucho superar este obstáculo, antes de que Melas tuviese noticias de la marcha de Bonaparte, para apoderarse de los desembocaderos de los valles. Pero era imposible tomar el fuerte, único obstáculo que detuviese á todo el ejército. Berthier y Marescot tuvieron la feliz ocurrencia de cortar en las

peñas de Albarado una escalera por donde, á fuerza de trabajos, pudieron transitar los hombres y los caballos. Las divisiones francesas desfilaron sucesivamente por este sendero peligroso con mucha mas dificultad que en el paso del San Bernardo. Nuestra artillería quedaba atras, sin que ningun medio humano pudiese hacerla pasar aquella barrera fatal. Bonaparte llega y manda asaltar el fuerte; la audacia y el valor fueron inútiles; fue preciso contentarse con sitiarse con vigor. Entretanto, la vanguardia de Lannes llegaba á Yvrea sin artillería, y podia ser atacada con ventaja. Entonces una de estas inspiraciones del genio de la guerra, tan frecuentes entre los soldados y los generales franceses, puso un término á la impaciencia y á la perplejidad de Bonaparte, que no era capaz de consentir en verse detenido por una conquista inútil. Se echaron colchones y estiercol en el camino y se guarnecieron las ruedas con paja. Los cañones envueltos en ramas, y tirados por cincuenta hombres, atravesaron con sus cajones la ciudad entera, á medio tiro de fusil y bajo el fuego del enemigo, que sin sospechar la menor cosa, estaba disparando sin amedrantar ni un solo

momento á nuestros valientes soldados. Una bateria que, á costa de infinitos trabajos, pudo ser colocada sobre el Albarado quedó atras para reducir al fuerte de Bard, que se rindió al cabo de diez dias.

Habiamos pasado el terrible desfiladero. Ivrea y su ciudadela capitularon despues de una corta resistencia, y diez mil hombres del ejército de Melas, mandados por los generales Kaim y Haddig, fueron destrozados sobre las orillas del Chiusella. Este fue el modo con que Bonaparte se abrió el acceso á las llanuras del Piamonte, mientras que las columnas de flanco bajaban sobre Bellinzona y Avigliano. El punto estratégico de la operacion que Bonaparte estaba meditando, sea que Génova fuese ocupada por Melas ó por Massena, era sobre el Pó entre el embocadero del Tesin y el doble afluente del Tanaro y del Bormida. Era preciso echar un puente sobre el gran rio é impedir la reunion de las tropas de Melas con las del Milanés y del Mantuano.

Bonaparte, que marchaba sobre Milan, debia atravesar aquella ciudad para alcanzar á Melas. Despues de haber perseguido á Kaim y á Haddig hacia Chiavaso, mandó avanzar su